

FAMILIA

— MAYO —





La hora de los libros

La
última novela de Wells:

“LA ESPOSA
DE
SIR ISAAC BARMAN”

Entre las figuras artísticas de la Inglaterra moderna, tan rica en una literatura original e interesante, ninguna más original que la figura siempre cambiante y creciente del novelista Herbert George Wells. Nacido en Bromley (Kent) por los años de 1866 su juventud vivió el apogeo del imperialismo británico y bebió el concepto que los hombres de fines del siglo XIX tenían sobre la ciencia ingenuamente juzgada como omnipotente; su edad viril, tras de asistir al triunfo de la democracia rompiendo brechas en el redueto de las seculares instituciones inglesas, ha venido a participar del concepto desencantado que los hombres del siglo XX tienen sobre la ciencia juzgada hoy como servidora humilde del progreso material. Su carrera literaria ha reflejado estos cambios transcendentales sufridos en mentes de una generación por la mente europea y de ahí el significado profundo de la evolución manifiesta en la obra de Wells.

Su primer libro, *The time machine*, apareció en 1895 y en rápida sucesión vinieron después, entre otros, “La vieta maravillosa”, “La isla del Dr. Moreau”, “El hombre invisible”, “La guerra de los mundos”, obras fantásticas en que, gracias a un acontecimiento maravilloso o a un descubrimiento científico, el autor mueve a la misma egoísta, injusta y sensual humanidad de hoy en circunstancias o en épocas distintas a las nuestras.

A primera vista estas incursiones en el dominio de lo probable fantástico podrían asimilarse a las del famoso autor de “Cinco semanas en globo”, escritas como vulgarización y anticipación científica y para deleite de la juventud. Mas, a diferencia de Julio Verne, Wells pone en escena una de sus fantasías en un mundo de inventos, aparatos y adarmes de ironía. Si usa los más nuevos descubrimientos físicos y científicos es para avanzar sus opiniones sobre política y sociología. Si describe una humanidad futura es para comparar su vida con la nuestra desorganizada, lógicamente y muchas veces inútil. Si planta la ciudad para describir es para que colóquese en un punto de vista ideal, miramos en las urbes modernas cuánto tienen de incoherencia, desorden y fealdad. Así, por ejemplo, dice en “Los tiempos del cometa”:

“Era evidente que todas estas cosas habían sido juntadas al azar, sin cuidarse de las comodidades físicas; el humo de las altas chimeneas ennegrecía la tierra blanca de los cielos; la batahola de los trenes ensordecía a los fieles en los santuarios; las tabernas arrojaban su corrupción en el umbral mismo de las escuelas y las tristes viviendas eran aplastadas miserablemente por las monstruosidades del industrialismo, como si una imbecilidad titubante hubiera presidido a toda esta incoherencia.”

Este período de su literatura fué la escuela de su educación y de sus primeras tendencias. Hijo de un profesional del cricket y educado en la Universidad de Londres en la cual se graduó de bachiller en ciencias ganando los más altos honores de su curso fué Wells en los años iniciales de su juventud un profesor de biología, un experimentador, un aprendiz de gran sabio. Cuando comenzó a las puertas de la literatura, Wells no llevaba tradición alguna literaria y era poseedor de una cultura científica, lo que hacía de él un caso excepcional. Sus novelas primeras son la aplicación de los procedimientos, del método de los notujados y teorías de la ciencia, en el campo del arte, y aunque esta innovación no era enteramente original, las novelas de Wells, por la transcendencia social que tenían, por la amargura de sus críticas al mundo actual y por la esperanza de una humanidad mejor que abrigaban, tuvieron, sobre todo en los países sajones, un franco y completo éxito. Había descubierto Wells una vida de riqueza y de gloria en la manera de sus primeros romances. “Por qué no lo he hecho”, por qué no se abrió del camino que él mismo abría para ir a desbaratar cuando tenía su reputación asegurada, un campo desconocido? Se quería para ello un valor, una audacia y una confianza en sus propias fuerzas que rara vez se encuentran en los autores de fama. Al principio el nuevo estilo, al iniciarse una nueva era en la raza, Wells da a la prensa el libro que marca el comienzo de su segunda etapa literaria: “El amor y Mr. Lewisbam”. No hay aquí teorías sociológicas ni conflictos de sucesos maravillosos. La escena es en Londres y en nuestros días. La realidad es la de todos, con sus horas de sombra y sus minutos de luz.

Este era un autor de gran sabio. (En la novela se llama Lewisbam, quien sabe si nosotros podríamos llamarlo Wells). Era un proselitista de la lógica y un idólatra del método. Tenía su punto medido, su vida dosificada: sólo con precisión matemática lo que iba a ser dentro de una hora y cinco meses y seis días, los honores que iba a alcanzar y las conjeturas que habría de hacer mediante la infatigable de su sistema, la consistencia de su método y la fuerza de su voluntad. Pero, ¡ay! que la lógica y el método se encuentran un día de primavera del Amor, en la forma de una linda y humilde dactilógrafa, y cuán fáciles son al encuentro, y cuán presto se los lleva, como hojas secas, el viento de la pasión!

No obstante, en “El amor y Mr. Lewisbam”, en “Kings” y aún en “Tono Buzang” que son las novelas en que se acentúa su segunda manera, se ve siempre todavía más al experimentador científico que al artista. El método lo confiesa en esta última obra, por boca del protagonista, que dice:

“Me place escribir; tomo en ello un vivísimo interés, pero no es mi oficio. Yo soy un inventor, con una o dos patentes de privilegios exclusivos y algunas teorías firmes. El artista, que puede hacer en mí se ha consagrado todo a las máquinas de turbina, a la construcción de navíos, a los problemas de la aviación y, haga lo que haga, no llevo a ver cómo podría ser otra cosa que un “cuentista” sin arte y sin disciplina. Que se me permita extenderme y patullar, mezclar las teorías y los comentarios: es el único medio de expresar lo que tengo en la cabeza.”

El artista ha progresado, sin embargo, enormemente desde “El amor y Mr. Lewisbam”. Su novela de 1914: “La esposa de Sir Isaac Barman” es coordinada, armónica, casi perfecta, desde el punto de vista de la ejecución, e interesantísima como estudio y representación artística de la vida contemporánea.

Es la historia de un matrimonio en nuestros días. El marido es un industrial que a fuerza de trabajo, de constancia, de talento mercantil y de un desleal olvido de los que sufren a causa del giro monopolizador de sus negocios, ha amasado sus millones y obtenido su título de Sir. Estando en los dinteles de la edad madura casa con una muchacha pobre, de buena familia, muy linda y muy joven. Como novela, la rodan de toda suerte de halagos; como esposa, la encierra en su casa, y dándole todo el lujo y las comodidades que ella puede apetecer, la relega al cuidado de su hogar, al adorno de su persona y al cultivo del importantísimo arte de agradar a su marido.

Esta actitud, él la considera la más justa y natural y no puede imaginar que haya otra dentro de los límites de las buenas costumbres, la honestidad y la honradez. Según su arraigada convicción, el marido debe disponer, legislar, ejecutar y juzgar, facultades superiores que la mujer le entrega en el momento en que acepta el matrimonio. Para que la mujer sea la que ella es que ella es, no debe tener opinión ni sentimientos propios, menos aún debe sustentar teorías en pugna con las de su marido.

Después de cuatro o cinco años de tranquilidad conyugal, la esposa de Sir Isaac siente que los gozes emanados de su fortuna y posición en el mundo, deben ser compensados con caridad y filantropía para los que sufren privaciones, injusticias y miserias; sobre todo para aquellos que en su vertiginoso ascenso han apastado la rueda de la fortuna de su cónyuge. Para llevar a cabo lo que considera su deber, necesita disponer libremente del tiempo que le dejan los cuidados domésticos, salir, visitar, asistir a sesiones y conferencias, disponer de algún dinero propio, y todo esto le está vedado. Una legión de sirvientes, desde el chauffeur, y el gran valet hasta los pinches y los grooms son las guardias que su marido ha colocado para defender a la esposa de las corrientes ventidas del mundo exterior, y cuando ella logra pasar al través de todos ellos, los mirros del hogar tiemblan y el marido que se cree ultrajado en su autoridad, se proclama dictador y el confín, lo emplea.

La menor parte de la novela de Wells es el desarrollo de este conflicto, con sus avances y sus retrocesos, los desfallecimientos de ella y los rencores de él, con las influencias de los personajes secundarios que ya apaciguan o ya encienden la lucha, hasta que después de cruentos dolores y ásperos sacrificios, ella logra una victoria parcial cuyo botín va, sin embargo, ovedándose poco a poco en las redes del egoísmo y del dominio del marido; que, a pesar de todo, y a despecho de la muerte, es el que triunfa al fin.

La lectura de este libro puede despejar en muchas esposas el caos de sus conceptos sobre la vida conyugal y orientar a los hombres de buena voluntad en el conocimiento de los anhelos y de las necesidades del alma femenina moderna. Es verdad que es un libro palpitante de batalla de dolor, cruel y atrevido en muchas de sus páginas, escrito para aquellos a quienes la vida ha herido con las cruzadas de la realidad y que se han debatido dolorosamente por encontrar solución a situaciones insolubles hoy por hoy. Pero es un libro para las jóvenes, porque proyectando a luz sobre la prisión estrecha y omnipotente del marido y las débiles e inseguras trincheras de la esposa, puede destruir múltiples esperanzas en las almas que tienen derecho todavía a las dulzuras de la Ilusión, Y en esto opinamos como el poeta de “Del mar a la montaña”:

“Tu propia imagen bella
¡oh dulce juventud! cómo te engaña...
En síste que te haña
y yo y sólo yo a ti
el sueño en que deliras
hasta que al fin tu empeño
¡oh la realidad! y mira el sueño...
Mas, sueño ¡oh juventud de encantos Hiena!
que el sueño es dulce y la esperanza es buena...”